

NO LEJOS DEL MAR

José Lupiáñez



José Lupiáñez nace en La Línea (Cádiz) en agosto de 1955. Su infancia transcurre en El Puerto de Santa María. Posteriormente se traslada a Barcelona en cuya Universidad comienza estudios de Filosofía y Letras,

que acabará en la de Granada, licenciándose en Filología Hispánica.

En 1975 funda junto al poeta José Ortega la colección "Silene", que se inicia con su primer libro *Ladrón de fuego* (Universidad de Granada, 1975), obra de la que se han publicado otras dos ediciones: una en la colección "Cuadernos del Caballo Verde" de la Universidad de Xalapa (México, 1975) y otra en la colección "Ánade", que dirigió desde su creación en 1978.

Su obra ha sido incluida en importantes recuentos y antologías, y traducida a varios idiomas. Ha participado además en numerosos libros colectivos y ha sido reconocido con diversos premios, tales como: el "Antonio Machado", el "Juan Ramón Jiménez", el "Luis de Góngora" y el I Premio Nacional de Poesía "Emilio Prados", entre otros.

Hasta la fecha ha publicado (además del citado *Ladrón de fuego*): *Río solar* (Ánade, Granada, 1978), *El jardín de ópalo* (Edascal, Madrid, 1979), *Amante de gacela* (Zumaya, Universidad de Granada, 1980), *Música de esferas* (Genil, Diputación Provincial de

Granada, 1982), *Arcanos* (Diputación Provincial de Córdoba, 1984) y la antología *Laurel de la costumbre* (Ánade, Granada, 1988), en donde se recoge una selección de su obra publicada hasta esa fecha, con algunos inéditos finales. En 1989 recibió una Beca de Creación del Ministerio de Cultura para escribir su libro *Número de Venus*, publicado en la granadina colección "Campo de Plata", (Granada, 1996). En ese mismo año también se edita la *Égloga de la estación segunda: El verano*, (Colec. "Ánade", Granada). En 1997 apareció *La luna hiena*, en la colección "Provincia", (Excma. Diputación Provincial de León). Con posterioridad han visto la luz: *Puerto escondido*, publicado por el Centro de la Generación del 27, en su colección "Ibn Gabirol" (Excma. Diputación Provincial de Málaga, 1998), *La verde senda* (Colec. "Fenice", Huerga y Fierro, Madrid, 1999); y más recientemente: *El sueño de Estambul* (Colec. "Granada Literaria", Ayuntamiento de Granada, 2004), *Petra* (Ediciones Port Royal, Granada, 2004) y *La edad ligera* (EH Editores, Jerez de la Frontera, 2007). En prosa ha publicado entre otros títulos *Las tardes literarias* (Granada, 2005) y *Poetas del Sur* (Granada, 2008), ambos en la colección "Mirto Academia".

Es miembro fundador de la Asociación Andaluza de Críticos Literarios y director de publicaciones de Port Royal, Ediciones. Fue presidente de la Asociación Cultural Guadalfeo, Instituto de Estudios de la Costa granadina y de las Alpujarras y, en la actualidad, es Consejero de Honor del Instituto de Estudios Campogibraltares y miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada.

HACIA LA BRISA

Si el tiempo me persigue
me ocultaré en el mar,
regazo inmenso que me envuelva
lejos de las orillas.

Allí,
(lejos de las orillas),
en el adentro más remoto,
flotar acaso me veréis
-barquilla blanca-
con los brazos en cruz...

Digo:
si me persigue el tiempo,
buscadme por el mar.

De Ladrón de fuego, (Granada, 1975)

FÁBULA

Del mar, en los adentros,
donde las aguas refulgentes, aún cálidas,
espejean por el astro más bello que conozco,
vide aquella barcaza donde los dos se amaban,
y cómo discurría lentamente.
Ella volcaba todo su candor y con júbilo
era un ovillo hermoso prendido a su cintura.
Su larga cabellera se derramó en el agua
y sus brazos oscuros se alzaban oferentes.
Un tiempo los estuve observando,
hasta que mis ojos se abrasaron.

De El jardín de ópalo, (Madrid, 1980)

PAISAJE

Brillan crestas de luz en el mar de la noche
y un desvelo de sombras de olas ondulantes;
brillan olas oscuras, altísimas, adversas
en la nada infinita que nos muestra su filo.

Bajo este mar antiguo laten dos corazones.
Nada existe, ni el aire, sino brillos y ritmos;
no existen los insectos, ni siquiera el perfume
sino brillos y ritmos; ojos que no se miran.

De Número de Venus, (Granada, 1996)

NOCHE DE LAS SIRENAS

Sombras por las esquinas de la noche,
luna roja de sangre, ojo colérico,
que desde el aguacero nos contempla.

Noche de las sirenas, mar de invierno,
luces lejanas figurando astros,
lluvia en el rostro, pesadumbre amarga.

Bajo los altos arcos de la niebla
pasan los catafalcos de los buques,
purpúreos y solemnes, silenciosos...

De La luna hiena, (León, 1997)

RECADO DE NÁUFRAGO

Un cuenco con las manos formad y así veréis
claro el misterio que a vuestra sed conforta.
Acercaos al borde de ese rumor
y ved qué transparencia y cómo son hermosos
los objetos que toca.
Bebed así la dicha y sentidla pasar
por las gargantas.

De *La luna hiena*, (León, 1997)

SIERRA NEVADA

He vuelto a la blancura dolorosa
de las amadas cumbres,
que guardaron con celo
los días de la lejana juventud.
Aquellas blancas cimas que escondían
el milagro indeciso de un tiempo
al que, en vano, persiguen mis palabras.

Porque entonces la vida era esconderse
entre las blancas cotas de un milagro infinito
y respirar el raro perfume de las cosas,
en el reino sin nombre de las nieves efímeras.
Y era sentir un mar de olas silbantes
agitando las frágiles telas del corazón:
la libertad, esa bandera, ese destino
que ha soñado el insecto de fabulosos élitros,
encerrado por la mano gigante
en la pequeña caja de nácar...
La libertad, su frescor en el rostro;
la libertad al amparo de la inmensa oca blanca.

Hoy contemplo estas crestas
que fueron las almenas de la infancia remota.
He seguido las huellas
que dejaron mis plantas en la nieve
y aspiro el aire ígneo
donde aún vibra, misterioso y dorado, el polen
de las dudas de antaño.
Nada ya se parece a la vieja quimera,
tan sólo la nostalgia aviva el espejismo.

Aquí en la cúspide,
esquivo los puñales del frío
y veo pasar las nubes hacia el ocaso hambriento.
Ya nada permanece sino este frío que alumbra
este gélido aliento de un titán dormitando.
Aquí en la cúspide, miro hacia esos confines
por donde se han perdido los días azarosos
y las noches de fiesta con estrellas por techo,
con estrellas errantes...

A mis pies ya el armiño, pues volar no es posible,
y la blanca locura de la nieve en el rostro.

De Puerto escondido, (Málaga, 1998)

MAÑANA EN KOVALAM

Asisto al despertar del nuevo día
en las hermosas playas de Kovalam.
Saludan a mis ojos las palmeras
agitando sus ramas solemnes como brazos
y el mar, el Mar de Arabia, con sus peldaños
de espuma hacia el infinito.
Sobre la orilla lenguas de sal que se suceden
en un vaivén sin tregua: mueren, viven,
vienen del horizonte borroso por la bruma,
desde aquel horizonte que el misterio ha trazado
y hasta mis plantas llegan en su oscilar salvaje.
Cuervos azules graznan en las copas
y esta brisa tan dulce va aliviando las sienas
en el amanecer majestuoso.
Cruzan barcas oscuras a lo lejos,
mientras el mar me dice furioso su mensaje.
El sol, tímido ahora, hace de oro las rocas
por momentos. El sol, el mar, la vida que comienza
en las hermosas playas de Kovalam.

De La verde senda (Cuaderno de la India), (Madrid, 1999)

JARDÍN DE COLVA

Guarda mi corazón el balanceo
de las altas palmeras, que un aire azul
agita en la noche benigna.
Siento en mí sus raíces nutrirse de mi sangre
y que sus altos troncos, ingravidos, insomnes,
llevan las cicatrices, las marcas cenicientas
de mi alma, que un día tatuaron los dioses.
En las copas se mecen frutos siempre dorados
y un sol rojizo y tibio dialoga con sus ramas,
en las que trinan pájaros diáfanos:
unos tienen alas turquesa y otros son negros,
con los ojos chispeantes de verde musgo.
Oh sí, por el jardín de Colva,
aún siguen paseándose las serpientes del Génesis...
Y en sus veredas ladran los perros salvajes
enloquecidos por los insectos.
Un jardín que da al mar, a otra edad imprevista.
Son sus arenas de oro molido que la mano recoge.
Sobre ellas se alzan cabañas ensimismadas
por el rumor continuo de las olas,
cabañas que esconden muchos fuegos secretos.

Ahora atardece y languidezco.
El inmenso puñal que acribilló a la tarde
me alcanza en esta hora con su filo de lumbre.
Oh sí: oro molido entre las manos
y el sol cegándote; oro molido, granos de oro...

De La verde senda (Cuaderno de la India), (Madrid, 1999)

TUMBAS EN LA CIUDAD

Repica el agua en la verde maleza
que ahoga las tumbas de los antepasados:
estelas inclinadas y hundidas en la tierra
llevan grabadas frases que en su vida
los muertos idearon. Sentencias y deseos,
sueños tallados en la piedra.
Y ahora la lluvia toca sus pensamientos
y resuena también, verde y furiosa,
en la maleza que es su única amiga.
Dentro parpadean las lámparas de la mezquita
y se inclinan las sombras de los fieles.
Aquí fuera la lluvia, la lluvia que viene
de ese cielo tan gris, como el polvillo viejo
de los huesos; tan gris como el destino
de ceniza que a todos nos espera.

De El sueño de Estambul, (Granada, 2004)

DESDE LA TORRE GÁLATA

Contempla allá esa luz
que hacia el poniente es sangre.
Esa luz que parece inventarse la ciudad
en sus atardeceres. Distinta cada día,
contéplala desde aquí y mira cómo asciende
desde la urbe que la sueña,
mientras se van haciendo eternos los perfiles
de cúpulas y de minaretos.
Quisiera el alma retener para siempre
este latido vivo que llega de la entraña
de la ciudad, este palpito,
este rumor infinito de voces
que se mezclan y se contradicen.
Azota el viento el rostro y guarda el ojo
su lágrima penúltima
para gozar la acuosa imagen del milagro.
Por el Cuerno de Oro van mis sueños
que solté desde aquí, desde la Torre Gálata,
como un puñado de palomas.

De El sueño de Estambul, (Granada, 2004)

AMANECER FRENTE AL MAR DE MÁRMARA

Sé que mi corazón alguna tarde
recordará estas aguas quietísimas
del Mar de Mármara y este liviano
encantamiento azul
del cielo que las sueña. Sé muy bien
que mi corazón alguna tarde,
en el jardín, quizá, ya del crepúsculo
buscará este frescor, estos reflejos
del lento amanecer que ven mis ojos.
El mar, el Mar de Mármara,
con buques para siempre varados
en sus aguas, con buques que renuncian
a cualquier travesía,
quietos también sobre las aguas quietas.
Los pájaros escriben con sus vuelos
en la celeste página de la mañana
el salmo que recito de verdad y belleza.
Esta visión, esta emoción
viaja ya por el tiempo hasta ese día,
para dejar temblando su milagro.
Entonces, me acordaré de hoy.

De El sueño de Estambul, (Granada, 2004)

PETRA (LA CIUDAD ROSA)

(fragmento)

Mis manos acarician la piedra
en esta inmensa grieta del mundo.
Hasta hoy fue el desierto,
con su aliento de fuego, azotándonos
sin misericordia, y la arena en los ojos
o los labios cuarteados por la sed.
Hasta hoy fue la ardiente maldición
que encendía las pasiones en la duna ambigua.
Siempre el desierto, siempre el desierto,
menos allí, en Petra: el espejismo,
la ilusión cumplida, el sueño
de un dios viajero y nómada,
que se detuvo a refrescar sus labios un instante,
por donde el agua corre libre y clara,
como la vida limpia de un niño.
El sueño, sí, de un dios que se apacigua
con la humedad de las hondas cisternas
y el canto críptico de las chicharras.
Petra: gema imprevista en la ruta

de las caravanas polvorientas
que se anuncian desde muy lejos,
cargadas con tesoros en sedas
y remotas especias; vacilantes,
sobre el horizonte que reverbera.
La ciudad escondida que a todos nos aguarda,
roja y ámbar, recogida en su cofre
de rocas celosas y calcáreas.
Petra, la patria nabatea que venera a Dushara
y a Al´Uzza, en sus templos irisados,
donde la piedad es como dulce umbría,
y los animales degollados tiemblan,
en su estertor postrero,
sobre altares teñidos de sangre.
Porque el de la sangre es el lenguaje
que comprenden las divinidades...
Oh sí, Petra, la ciudad fantasmal
de las tumbas arañadas
por las manos mondas de los difuntos;
de las tumbas grabadas
por el cincel o la desventura.
Miles de ecos resuenan en sus cámaras,
miles de almas perdidas espantan a los pájaros...

De *Petra (La ciudad rosa)*, (Granada, 2004)

ZAFRANE

Esta arenilla es de oro...

Mi corazón se fue
por las dunas doradas.
Mi vida daba tumbos,
de un dromedario, a lomos.
Su pezuña durísima
se inventó aquel camino.
Y yo, bamboleante,
me aferraba a su giba:
un desierto de oro,
un cielo azul, candente,
y el traqueteo cansino
del rumiante fantástico.
Mordía el viento mi rostro
y unas hojas mis dientes
de fresquísima menta.
A lomos voy –me dije–
de un animal extraño.

Sobre cisterna viva
en la que suena el agua
de hace ya varios días...
Queda camino por delante
y sol y arena
y desierto sin fin,
como en la vida.

De *La edad ligera* (Jerez de la Frontera, 2007)

EN EL VALLE

Sobre las tejas el verdín progresa.
El cielo está muy gris, pero la lluvia
ha cesado un instante. Hace frío
y los pájaros todos tiritan escondidos
entre las frondas...
En las ramas heladas de los árboles
las gotas milagrosas se transforman en perlas.
Un vaho azul escapa de la tierra.
Al fondo, las montañas se ocultan recelosas
en las nubes más bajas.
El alma reconoce estos paisajes,
a los que fue marcando, a través de los siglos,
la vida con su drama; estos valles que guardan
en su entraña, con celo, rescoldos de la historia.
Ya es invierno y, desde las techumbres
de las casas de piedra,
asciende el humo denso de los viejos hogares.
Yo arrimo el leño al fuego que caldea mi rostro
y siento que las llamas, crepitando, me avisan
de que la vida es breve.

De *La edad ligera* (Jerez de la Frontera, 2007)

ATARDECER

Esos montes tan mansos
van a morir al mar,
a ese mar quieto
que con el horizonte
se confunde...
La verde orilla
despide con su bruma
a las nubes de paso
y atardece, ¿lo ves?,
comienza a atardecer
de esta manera
solemne y melancólica.
Se han callado los pájaros
en sus copas oscuras
y el sol se hunde en el mar
que, ávido, enfría sus brasas.
Un oro rojo y último
dice a la oscuridad
que se apresure...

De La edad ligera (Jerez de la Frontera, 2007)

